



Council on Library & Information Resources

La esperanza en la mira: la búsqueda del bien común en un tiempo fracturado

En términos generales podemos definir a la esperanza como un estado de ánimo optimista, que se sustenta en expectativas positivas, tanto sobre los acontecimientos y circunstancias de la vida personal como de la marcha del mundo. La esperanza nos inspira para replantear nuestra capacidad de acción y nuestro lugar en el mundo con el propósito de alcanzar diferentes y mejores resultados, más propicios para afrontar los peligrosos retos que dominan nuestro escenario. Desde esta perspectiva, la esperanza no es tan solo un estado emocional o el deseo de que nuestras ilusiones se realicen, sino una sofisticada estrategia cognoscitiva.

Reformular la estrategia de la esperanza nos conduce a una nueva definición que la entiende como una narrativa que exige una construcción meticulosa. Como ocurre con cualquier narrativa, los efectos transformadores de la esperanza requieren la percepción de la continuidad del tiempo y la experiencia: a partir de la comprensión clara y profunda de lo que ocurrió en el pasado, se recrean selectivamente algunos hechos que forman una secuencia que se repite intencionalmente en un presente progresivo, para dar forma al futuro imaginando los acontecimientos por venir. Si el ejercicio es exitoso, con este conocimiento se edifica el futuro. La percepción de la permanencia de un espacio-tiempo cuatridimensional que puede ser intervenido por nosotros es una condición psicológica indispensable para la praxis de la esperanza. No obstante, la percepción de ese tiempo que fluye puede sufrir una agresiva alteración a causa de diversos fenómenos, a tal grado que sea el presagio de nuestra desaparición como especie.

Todas las contranarrativas que obstaculizan y cancelan intencionalmente la aparición de un entorno cognoscitivo favorable a la esperanza surgen, irónicamente, del mismo ser humano, e impactan negativamente la

coherencia y la continuidad indispensables para que exista un compromiso riguroso, sostenido y compartido para enfrentar los desafíos globales. Hoy presenciamos el cálculo perverso de la desinformación, la mentira, la conspiración, la manipulación de la duda y la negación. La consecuencia es una gravísima reducción de nuestra capacidad de respuesta y de acción ante las numerosas crisis que enfrentamos, al tiempo que provoca que tomemos al tiempo como rehén.

Una aproximación aún más profunda nos conduce a reconocer los fenómenos que desvanecen el sentido de la esperanza porque fragmentan y oscurecen el contexto, elemento clave para entender cómo se produce el conocimiento. El contexto abarca las circunstancias que originan un acontecimiento, un argumento o una idea y proporciona las herramientas para entender cabalmente nuestro mundo. En este sentido, el acto de comprender es en sí mismo una relación entre el sujeto que conoce y el objeto o fenómeno conocido. Si un tema o problema se analiza fuera de contexto y de las circunstancias que lo rodean, se distorsiona su significado porque se ignora aquello que lo produce y condiciona, impidiendo el surgimiento de un comportamiento inteligente. Un rasgo característico de la desinformación y de ciertos medios llamados culturales que gozan de amplia popularidad es justamente presentar los hechos fuera de contexto.

El primer fenómeno a considerar son las redes sociales cuyos efectos han sido ampliamente estudiados. Uno de ellos es la formación de comportamientos tribales, cargados de subjetividad e impregnados de un reduccionismo individualista que ignoran todo compromiso social: valoro esto porque me gusta o lo desprecio porque no me gusta. Las redes presentan sucesos efímeros e inconexos, sin atender a las causas que los provocan, a través del bombardeo de imágenes que se desvanecen rápidamente sin dejar huella. El receptor recibe información fragmentada que no genera un pensamiento crítico y, en la mayoría de los casos, se elimina el contexto de las noticias que se transmiten. Imágenes que se suceden una tras otra sin que se acompañen de ideas y argumentos, el anonimato y las declaraciones histriónicas obstruyen el diálogo inteligente; en consecuencia, el pensamiento se desnaturaliza e involuciona al despojarlo de sus rasgos esenciales. Los algoritmos encapsulan al individuo en un estrecho entorno autorreferencial del que no puede escapar, para recomendarle aquello que debe saber y debe

desear, lo cual finalmente desemboca en una actitud complaciente y en la parálisis de la acción.

Otra causa omnipresente de la fragmentación de la realidad y de nuestra desconexión de ella es la transmisión de noticias y acontecimientos que ocurren en tiempo real para producir jugosas ganancias. Los métodos que se aplican a este propósito han sido objeto de estudio y preocupación a lo largo de varias décadas. Los anuncios comerciales, las redes sociales, la presencia ininterrumpida durante las 24 horas del día del mismo encabezado, cintillos informativos que aparecen incesantemente en la pantalla, noticias de última hora que nos dejan sin respiro, imágenes que se suceden con vertiginosa rapidez explicando aparentemente los hechos mediante dramas insustanciales que diluyen las fuerzas en conflicto, atrapan la atención del destinatario con descargas emocionales que imposibilitan un ejercicio de comprensión que atienda a las causas de lo que ve. Las pantallas presentan fragmentos en lenguaje taquigráfico que desagregan nuestro mundo sin explicarlo, y evitan el pensamiento profundo, aquel que reconoce la complejidad de los peligros que enfrentamos en el presente.

Un tercer ejemplo a primera vista menos perjudicial que es consecuencia de lo anterior son los patrones a los que la educación superior recurre para narrar los hechos (el storytelling), que en ocasiones olvidan contextos de análisis más amplios y las interconexiones existentes entre ellos. Se afirma que las universidades son un dique contra la fragmentación de los hechos que los medios de comunicación provocan y contra la falsa cultura que producen. Sin embargo, esta afirmación debe matizarse.

Parte importante del problema de las narrativas que se producen en la educación superior puede rastrearse en lo que llamamos la aritmética del prestigio. Estas narrativas incluyen no solo a los medios en que se transmiten (libros, artículos de revistas científicas, ensayos) sino también a las historias que se utilizan para promover y recompensar a quienes trabajan dentro de una institución. Las universidades otorgan un alto valor a su imagen pública y a la marca que las distingue, las cuales suelen ser resultado de las características de su evolución y misión. Entre ellas existe una fuerte competencia para incrementar la matrícula, obtener financiamiento, prestigiar las especialidades que ofrecen, competencia que se justifica en la necesidad de presentarse como instituciones insustituibles, lo que acaba

cancelando la colaboración y la cooperación. La fuerza de los recursos humanos e intelectuales se sostiene en comportamientos estandarizados, mientras que en las disciplinas se adopta una epistemología que justifica una gramática, un vocabulario, metodologías de investigación, costumbres y hábitos. Los adelantos por lo general se sustentan en el dominio de un vocabulario altamente especializado que se entiende solo al interior de un gremio, lo cual posterga la investigación interdisciplinaria y transdisciplinaria que hoy es esencial para enfrentar los complejos problemas de nuestro presente.

La organización del conocimiento académico ha atomizado nuestra comprensión del mundo, a tal grado que puede anular la colaboración entre especialistas capaces de formular preguntas desde perspectivas multifacéticas, con facultades más sólidas y polivalentes para transformar nuestro entorno.

Una de las amenazas y desafíos más complejos que hoy enfrentamos es el cambio climático. Su historia es en sí misma otra narrativa cuyo núcleo es una gran interrogante. La catástrofe ambiental que vivimos no tiene precedente y ha sido provocada por la conducta humana. Proezas de la ingeniería, ingeniosos instrumentos económicos y el reclamo de nuevas energías aún inactivas son el prólogo de nuestra ruina.

La Tierra ha sido transformada por nuestra visión, nuestras fórmulas e ideas, nuestros valores y aspiraciones. Este turbulento planeta es un reflejo de la mente humana. Hemos convertido al mundo en una cascada de fenómenos que nos calcinan, nos ahogan y asfixian. Aunque es doloroso asumirlo, estamos fabricando nuestra ruina.

Cambios climáticos más violentos e impredecibles pronostican la pérdida de nuestro patrimonio cultural; enfrentar esta situación está en la mira de CLIR. Este interés tiene la más alta prioridad y se sustenta en su trayectoria como una organización que siempre ha buscado preservar y hacer accesible nuestro valioso legado cultural. Por ello estamos comprometidos en salvaguardar la cultura, la tangible y la intangible, para el conocimiento y disfrute de las futuras generaciones.

El cambio climático es un fenómeno complejo que nos obliga a promover proyectos más diversos, de largo plazo, con vocación internacional y definidos bajo esquemas de colaboración. En este modelo la sustentabilidad y la infraestructura se entienden como elementos indisolubles, con funciones que no se deben separar, ancladas en una sólida base social. La duración y continuidad de los proyectos dependen sobre todo del comportamiento humano, más que de la obtención de más dinero y más tecnología. La inversión y el tiempo necesarios para que exista un compromiso social e intelectual sistémico transforman a estos esfuerzos en un catalizador de lazos cada vez más fuertes, que van más allá de los proyectos de corte tradicional. A este método lo hemos llamado “sustentabilidad creadora”.

La esencia del trabajo de CLIR se resume en la frase “dar vida al conocimiento”, frase que posee varios significados. En primerísimo lugar, denota el sentido humanitario que imprimimos a nuestros proyectos, garantía de nuestra existencia. También se refiere a la vida del pensamiento creador, requisito ineludible de la duración de estos proyectos y de los aciertos intelectuales que produzcan. Toda la labor de CLIR se orienta a perfeccionar las capacidades para la planeación y la organización, la toma de decisiones, la adaptación al cambio, la evaluación de la calidad de nuevos recursos de información, y a la aplicación de ese conocimiento. Hay que enfatizarlo: CLIR es una vigorosa organización dedicada a la memoria.

Con capacidades enriquecidas podemos trabajar de manera colaborativa en contextos más complejos, y desde estos contextos escribir nuevas historias. La contribución esencial de CLIR al bien común consiste en la producción de nuevas narrativas mediante el descubrimiento de hallazgos que permanecían ocultos; en el conocimiento innovador que aporta la restauración de objetos que pudieron perderse en el silencio; en las celebraciones que han aparecido con el acceso a archivos comunitarios, y en los informes de comunidades que se congregan para salvar su patrimonio de los estragos del cambio climático. CLIR ofrece la oportunidad de propiciar contextos más amables y generosos que alienten entendimientos más profundos.

La aplicación de nuevas capacidades es en sí misma otra historia que reclama una fina sensibilidad para entender ese fluir del tiempo sometido a la acción humana, que se transforme en dique contra las distracciones que nos dividen

y el ruido ensordecedor de este tiempo fragmentado, para evocar con mayor ímpetu a la esperanza.

A la memoria de Clifford Lynch, en cuya sabiduría siempre encontramos la esperanza.